

A principios de año, durante las vacaciones navideñas, se me murieron en pocos días, sin haber ganado respectivamente el Cervantes y el Nobel, el argentino Ricardo Piglia y el inglés John Berger. Sentí lo mismo que al morir anteriormente, por ejemplo, el irlandés Seamus Heaney o el húngaro Imre Kertész, que sí fueron premio Nobel. Cuando se ha conectado plenamente con la obra de un autor, su muerte –me niego a escribir, como cada vez se estila más, su desaparición o su marcha– deja una sensación de pérdida, incluso de orfandad: ya no van a poder escribir para nosotros aquello que solo reconocemos por sus palabras, nunca leeremos lo que hemos sentido o pensado y no somos capaces de expresar, luego viviremos menos.

Unos meses después de su muerte, han aparecido sendos libros póstumos suyos. De Berger, 'Y nuestros rostros, mi vida, breves como fotos' (Nórdica), un homenaje en toda regla, ya que el volumen en su conjunto, de tapa dura, es una maravilla para la vista y el tacto, con el añadido de las ilustraciones hermosas y delicadas de Leticia Rui Fernández, en las que ya estaba trabajando cuando falleció. Hace más o menos una veintena de años, uff, apareció íntegro y con la misma traducción, como segunda parte de la antología 'Páginas de la herida' (Visor). Pero releerlo ahora, exento e ilustrado, con los poemas también en el inglés original, es un placer grande.

El libro toma el título del último verso del primer poema y se gemina entre lo temporal y lo espacial, alternando el verso y la prosa. Los poemas con frecuencia completan o amplían el sentido de las prosas, que a su vez recuperan la poesía que emana de la gracia infantil, como la inicial, con varios animales (luciernaga, pato, liebre, gatito) presentados en lugares o circunstancias insólitos. En general, los fragmentos prosísticos destacan por su aliento lírico, de hecho varios se adentran («transportamos poesía/como los trenes de mercancías del mundo/transportan ganado») en la naturaleza de la poesía, los poetas y los poemas. Realmente puede considerarse un poemario neto, por cuanto, aun con los tintes ensayísticos de algunas apreciaciones sobre parejas de conceptos abstractos como el placer y el dolor, el amor y la muerte o el tiempo y la conciencia, los textos se dirigen siempre hacia el misterio de todas las cosas lorquiano.

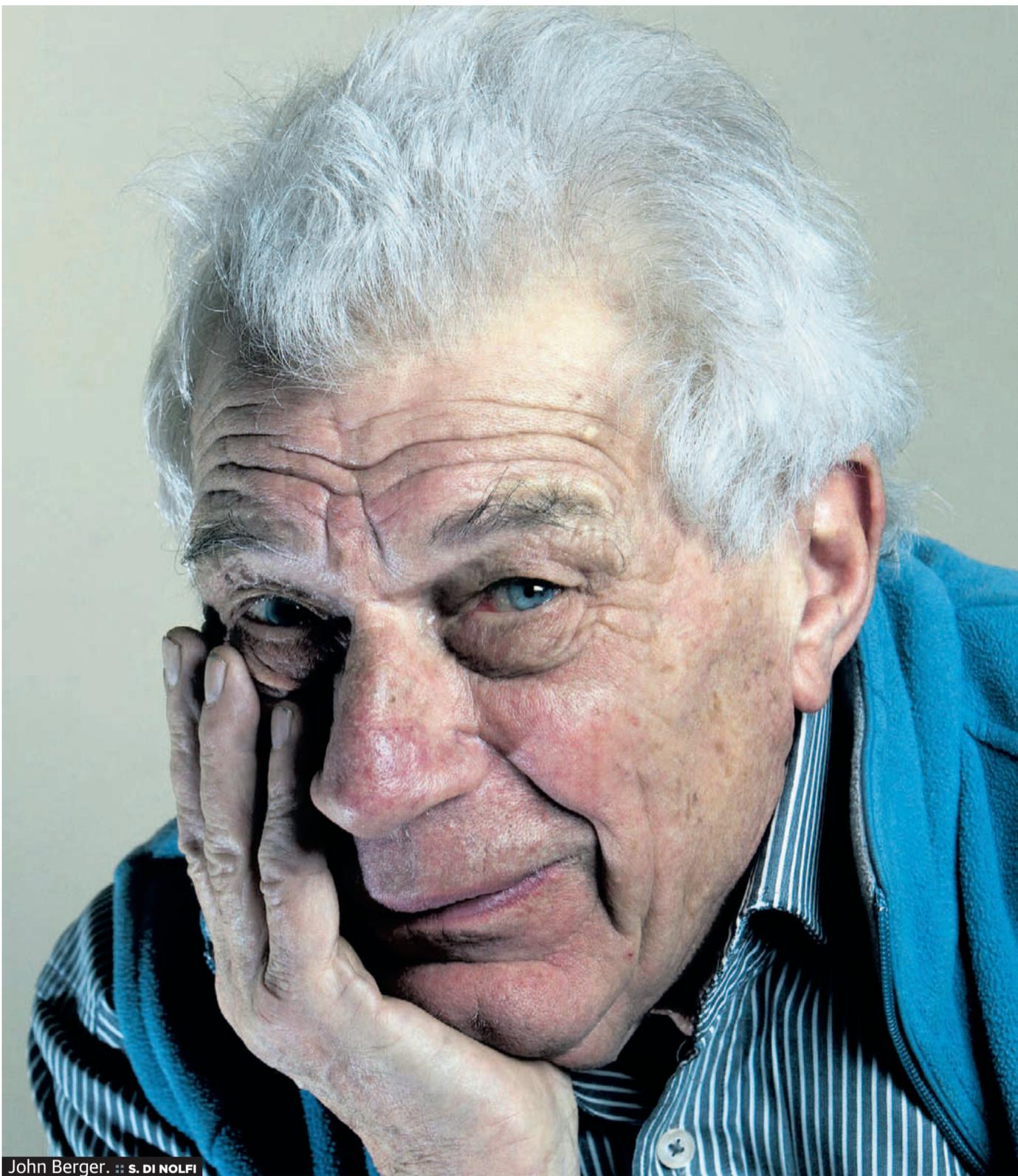
Para mí la lectura de Berger ha sido desde 'Puerca tierra' (Alfaguara) hipnótica y provechosa, más que en los propios renglones siempre lo he seguido y disfrutado entre líneas.

Se puede estar más o menos de acuerdo con sus ideas, discutibles sobre todo en el plano sociopolítico, pero sus argumentos nunca defraudan, jamás recurre a lo trillado. Y bastarían sus escritos sobre la emigración –bellísimos los que aparecen en estas páginas– o sobre el ocaso del campesinado europeo y no digamos en lo referente a la pintura –Van Gogh, Caravaggio, el inmenso Rembrandt o 'Vista de Delf' a partir de Vermeer para cerrar el libro–, con la que tanto convivió, en la que tanto trabajó y se miró y nos enseñó a mirar, para aconsejar su lectura.

Con 'Un día en la vida' concluyen 'Los diarios de Emilio Renzi' (Anagrama) de Piglia, grafómano impenitente: «no poder escribir es el infierno». La primera parte, que comienza, a sus treinta y seis años, donde acabó la entrega anterior, en el infausto 1976, cuando el golpe de estado de Videla –se muestra durísimo con Sábato o Borges, a quienes tanto admiró pero no duda en llamar «canallas»–, y el páramo intelectual subsiguiente, aunque «lo peor es la siniestra sensación de normalidad», se desarrolla bajo la amenaza constante del arresto, la desaparición o la espada de Damocles del exilio, no en vano este tramo de tiempos sombríos, que desembocan en la guerra de las Malvinas, lo titula 'Los años de la peste'.

Mantiene, eso sí, las constantes de tono y estilo de los dos volúmenes anteriores, igual de recomendables. Piglia, a través de su alter ego Renzi, sigue con sus amoríos, avances novelísticos y miserias cotidianas, como un 'flâneur' de las ciudades y de la historia universal de la escritura, un tanto diletante, pero una máquina literaria perfectamente engrasada desde un cúmulo de lecturas, sean técnicas, ficcionales o estratégicas, febril, masivo, inabarcable ('Madame Bovary' para empezar), desde el ejercicio minucioso y responsable de la crítica textual (arranca con Sarmiento, 'El Quijote' y el inevitable Arlt) y desde la experiencia con escritores (visita de Roa Bastos para abrir boca) y pensadores (Barthes y Lacan de inicio). Todo ello conforma una cosmovisión personal de una singularidad teórica portentosa, única en la narrativa en español contemporánea. Baste la entrada de obertura: «Alguien que escribe un cuaderno alfabético y ordena las emociones, las letras guían los sentimientos (¿qué sintaxis puede resistir el descubrimiento de la pasión?).» O la del 'descubrimiento' de Alan Pauls, el encuentro con John Barth en Berkeley o cuando observa en una Feria del Libro, sin atreverse a hablarle, a Juan Rulfo, solo, firmando y trasegando coca-colas.

Tras un largo paréntesis de



John Berger. :: S. DI NOLFI

# IN MEMORIAM

## La lectura como homenaje

UN  
ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN  
HERRERO





Ricardo Piglia. :: TONI GARRIGA



**Y NUESTROS ROSTROS, MI VIDA, BREVES COMO FOTOS'**

John Berger, Nórdica, 206 pp., 21,50 €.



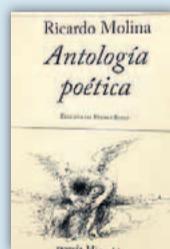
**LOS DIARIOS DE EMILIO RENZI (UN DÍA EN LA VIDA)**

Ricardo Piglia, Anagrama, 296 pp., 21,90 €.



**TRES PERIODISTAS EN LA REVOLUCIÓN DE ASTURIAS**

José Díaz Fernández, Manuel Chaves Nogales y Josep Pla, Libros del Asteroide, 236 pp., 17,95 €.



**ANTOLOGÍA POÉTICA**

Ricardo Molina, Hiperión, 136 pp., 12 €.

fragmentos en tercera persona con Renzi como protagonista de conatos de narraciones, el tomo y los diarios se cierran con apuntamientos sueltos, en los que mejor demuestra, creo, su clarividencia extrema y su capacidad metaliteraria, desde sus días en Princeton como profesor –donde escribió la narrativa que más me gusta– hasta su muerte. Las últimas anotaciones, a modo de telegramas, son sobrecogedoras, cabe imaginarlas al hilo del avance inexorable de la enfermedad devastadora que sufrió, la ELA. La cabeza intacta («me he refugiado en la mente, el lenguaje y el porvenir») como testigo de la destrucción corporal y vital implacable: «No puedo ya vestirme solo [...] La silla de ruedas, el andar mecánico, el cuerpo metálico...». Estremecedor, «la enfermedad como garantía de lucidez extrema». Hasta el final.

Como un homenaje a tres de las plumas, como se diría en aquel entonces, más destacadas de la República, en general injustamente postergadas o silenciadas tras la guerra, se puede tomar 'Tres periodistas en la revolución de Asturias' (Libros del Asteroide), que aúna la visión de los trágicos acontecimientos de 1934 de José Díaz Fernández, Manuel Chaves Nogales y Josep Pla. Y qué plumas, son tres prosistas de una enjundia y altura excepcionales. Más de la mitad del volumen lo ocupa el reportaje a modo de narración 'Octubre rojo en Asturias', del infortunado Díaz Fernández, reconstrucción al hilo del fragor de los acontecimientos, de la sublevación armada de los mineros, con cuyo arrojo temerario simpatiza. Parte del estallido de la barahúnda revolucionaria en Mieres, hasta su aplastamiento, la fuga de los comités, la huida por el monte y la capitulación. Entre medias, saqueos, bombardeos, fusilamientos, uso enloquecido de la dinamita, voladura de la universidad y destroz de la catedral, que casi fue de la ciudad entera, devastada por completo, reducida en buena parte a escombros: «la ciudad muerta», la llama Chaves Nogales. Unos 1.500 muertos.

Complementan esta narración pormenorizada sobre la revuelta unas crónicas del perspicaz Pla para 'La veu de Catalunya', primero desde Madrid un bosquejo del conato subversivo, luego desde Bilbao y por último ya sobre el terreno, conmocionado, en los estertores de la insurrección. Su análisis en crudo y en directo es lúcido, preciso –su ojo clínico barrunta claramente la guerra civil–, demoledor, en el buen sentido de la palabra. Debería ser obligatorio, ahora que mientras escribo seguimos con la matraca del desafío nacionalpopulista desde la cesada y dispersa, presa y fu-

**Berger ha dejado escritos sobre la emigración, el ocaso del campesinado o la pintura de aconsejable lectura**

**Libros del Asteroide aúna la visión sobre la revolución de Asturias de Díaz Fernández, Pla y Chaves Nogales**

gada Generalidad. Chaves Nogales, por su parte, llegó a Asturias el mismo día que Pla y escribe seis artículos para el diario 'Ahora' del que fuera director. Su reconstrucción recorre con su habitual maestría y el bisturi bien afilado los intrínquilos y fases de la «utópica revolución social» y deslinda los terribles hechos de los rumores truculentos sobre la barbarie desencadenada.

Como homenaje a su autor, con un doble motivo: el centenario de su nacimiento y el cuarto de siglo que alcanza el premio que lleva su nombre, debe tomarse también la 'Antología poética' (Hiperión) de Ricardo Molina, que de paso rinde tributo al grupo cordobés 'Cántico', a cuyo núcleo fundacional, junto a Juan Bernier y Pablo García Baena perteneció por derecho propio este articulista, crítico, traductor y flamencólogo, amante del campo solitario. Aunque solo publicó siete libros, su obra completa en dos volúmenes, que incluía además sus poemarios póstumos, se me hizo en su día un tanto cansina. De ahí la pertinencia de esta analecta muy bien seleccionada y prologada por Pedro Roso. Molina me parece un poeta más bien de antología. Y quién no, cabría puntualizar.

Sus dos libros más destacados son elegías, las de Sandua y las de Medina Azahara. En muchos de sus poemas logra lo mejor de sí mismo cuando acompasa sus serenos e impecables alejandrinos, de cesura y hemistiquios, con imágenes luminosas, muy plásticas, que encarecen la belleza cotidiana de cuanto nos rodea, el amor y la dicha de disfrutarla, con cierto deje entre nostálgico y melancólico, a través de una semántica cuidada y de una destreza retórica sin aspavientos, que rebaja el esteticismo de 'Cántico' hasta la sobriedad meditativa, manteniendo la sensibilidad a flor de verso en pos de la plenitud de la unidad primigenia mediante un sensualismo hedonista y un panteísmo helénico.